

con el fin de afirmar en ambas su deseada independencia. Esto es particularmente notorio en el caso de Leonora, porque pertenece a la segunda mitad del siglo XIX, y los pasos que da son mucho más costosos y señeros que los de Zulay. Leonora participa del ambiente propio de una cultura dominada, la femenina, pero no parece resignarse a esa posición, e incluso manifiesta en ocasiones su deseo de pertenecer al siglo XX, donde la mujer haya alcanzado un *status* de libertad mayor. En una de las primeras cartas que le envía a su novio Sergio le cuenta un extraño sueño que le ha transportado a una realidad ideal y que se asemeja mucho a la que está viviendo cien años después Zulay, pues se imagina a sí misma como profesora de universidad. (59)

La actitud de Leonora no se queda en la pura protesta o en el vago deseo de un *status* mejor. Su vida entera, sus ideas y su coherencia son un reflejo de esa lucha, poco común en su época. Pertenece a una familia tradicional perfectamente jerarquizada, donde la madre ha muerto y ella hereda sus funciones con el fin de servir de apoyo físico y moral a su padre. Sin embargo, muy pronto comenzará a elaborar una visión crítica de todo lo que le rodea, especialmente en contra de los diferentes discursos del poder. Por ejemplo, ataca constantemente, en sus cartas a Sergio y en los diarios, la tiranía de Guzmán Blanco y sus estrategias para perpetuarse en el poder (33, 77, 88, 96, 121, 136). Sergio, por su parte, como hombre y, por tanto, con derecho exclusivo para opinar sobre cuestiones políticas, recrimina sus juicios, su *soberbia*, y le insta a no inmiscuirse en asuntos ajenos a su condición y ser *inteligente*. (91) La relación se hace tan insoportable para Sergio que decide dejarla y casarse con una europea (121). En enero de 1885, cuando Sergio ha tenido la primera hija, escribe a Leonora, y le confiesa un afecto hacia ella que está en otro nivel que el de su mujer, el del matrimonio. Sergio necesita sentirse seguro y saberse protector de la mujer, responsable de ella, hablar con ella sólo lo necesario y trabajar para sacar adelante una familia. Con Leonora, sin embargo, se sentía inquieto, dubitativo, y en ningún caso dominador. (176) La actitud de Sergio nos lleva directamente a otro de los aspectos de la crítica de Leonora: la posesión del hombre hacia la mujer, con sus aspectos espirituales o intelectuales y los corporales, también evidentes. Leonora, en sus cartas y diarios, descarga su pasión contra ese tipo de dominio a raíz del anuncio de la boda de Sergio, y establece un parangón entre el poder político de la dictadura y el de unas personas sobre otras. Reflexiona sobre algunas decisiones de Guzmán Blanco, como la de expulsar a Martí del país por haber defendido al intelectual disidente Cecilio Acosta y negarse a escribir un artículo favorable al dictador, y siente a la vez vergüenza de haber deseado físicamente a Ser-

gio. Y concluye: «Suelo preguntarme si todas las relaciones entre los humanos cubren ese rigor del desbalance, aún las del amor...» (121)

Leonora es, además, una mujer activa, que ha participado en reuniones clandestinas y ha colaborado con publicaciones revolucionarias de corte socialista, para defender los intereses de los artesanos frente al avance de los nuevos modelos de economía capitalista. Los acontecimientos, sin embargo, truncarán de modo irreversible sus expectativas. Su padre es encarcelado y enviado al exilio; su bisabuela, su abuela y alguno de sus primos irán muriendo por diversas causas y, finalmente, poco después de haberse casado con un socialista, éste morirá en un embate de la policía que intentaba reprimir una manifestación. Triste y desolada, Leonora termina suicidándose. (296)

La lucha por dismantelar los resortes del poder en Zúlay tiene ciertos paralelismos a la de Leonora, y éste es uno de los motivos por los que la historiadora decide continuar la investigación sobre los manuscritos que ha encontrado. Zúlay busca su independencia y por eso decide separarse de su marido y emprender una nueva vida. Cuando ha de volver a Maracaibo para ver a su ex-marido en el hospital, que ha intentado suicidarse después de la crisis matrimonial, recuerda la carta que le dejó como despedida «en la que intentaba hacer sentir libre a Julio de toda culpa, señalándole su propia necesidad de independencia para crecer.» (198) Su vida no había estado exenta de amor pero, en el fondo, la relación se había limitado «a un estado de obediencia ciega y sacrificada al hombre, la pérdida de la iniciativa y de la confianza en la propia persona frente a la presencia de él.» (196) Lo mismo le ocurrirá con algunas de sus primeras relaciones sentimentales en la nueva ciudad, por lo que su sensibilidad por los temas referentes a la liberación de la mujer se hará más fina y se extenderá a todas las manifestaciones humanas donde se establece la relación dominante/dominado. Por eso conecta enseguida con ciertos grupos dentro de la política universitaria (144-148), participa en los homenajes a Mandela (252) y a Camilo Torres (154), siente atracción por la figura del sacerdote Manuel, relacionado con el movimiento La Golconda, afín a la teología de la liberación (71), empieza a comprender a su madre cuando ésta le confiesa que abandonó el hogar porque no podía soportar su nulidad dentro de la relación matrimonial, valora históricamente una famosa huelga de lavanderas de un hospital de Valencia en el siglo XIX (151), critica la dictadura de Oliveira Salazar en el Portugal de ese momento, comparándola con las decimonónicas de Rosas, Guzmán Blanco o la contemporánea de Pinochet (86), acoge con espíritu positivo los resultados de la reunión del Papa con el CELAM donde se decide atacar seriamente los problemas de la pobreza

y el machismo en América (220-221), etc. La novela termina con un largo viaje que Zulay emprende con Diego, su último compañero, a Adícora. En pleno contacto con la naturaleza y satisfecha de su relación con Diego, sintetiza en las últimas líneas el paralelismo que ha existido en la educación sentimental de las dos protagonistas, con un desenlace diferente: «Entonces pienso en que no deseo más que esta serenidad; este alivio. A lo mejor fue ello lo que no pudo vivir la apasionada, bella, inteligente y dulce Leonora Armundeloy, si la tuviera frente a mí (...) me gustaría poder decirle todas estas cosas. Me gustaría ser su amiga, y como un bálsamo que la ayudara a recuperar el sosiego, compartir con ella esa soledad, que es al final, la que vivimos todos. Vanas me resultan hoy muchas contiendas. La historia de las luchas por el Poder, ¿es ésa acaso la historia de los hombres?» (319)

La apoteosis final no puede evitar que la reflexión sobre el poder (con mayúscula) impregne todas las páginas de esta novela. Decía Michele Montrelay que la diferencia básica entre la escritura del hombre y de la mujer estriba en que ellos se separan de sí mismos al elevar el discurso a la categoría literaria, y tienden a objetivar y establecer entes y mundos nuevos, mientras que en ellas la palabra es una extensión de sí, lo cual produce una escritura más inmediata.⁸ Esa extensión básica de sí, con elementos constantes que sazonan desde lo más íntimo el relato, está formada por la omnipresencia de la sensibilidad frente a los poderes patriarcales torcidos, sensibilidad también hacia los detalles concretos en la decoración de interiores o elementos culinarios, las distintas descripciones de la sensación de soledad o de solidaridad, y en el telón de fondo de la música de Los Beatles, que refuerza la carga sentimental de multitud de pasajes, bien por el contenido de las letras o bien por los recuerdos que cierta canción provoca. Con todos estos ingredientes se forja la personalidad de una escritora solitaria, pero solidaria, que ha llegado a la madurez de su obra literaria, de la mano de Zulay Montero y Leonora Armundeloy.

⁸ Michele Montrelay, *L'Ombre et le nom*, París, Minuit, 1977, p. 151.